

tianos, por el modo con que trató á las personas mas distinguidas y aun á sus mas próximos parientes; hizo dar muerte á su primo hermano el cónsul *Flavio Clemente*, y desterró á *Domitilla*, esposa del Cónsul, porque eran cristianos. La sobrina de Flavio fué relegada á la isla *Pontia*, y despues de permanecer algun tiempo en ella, fué quemada en Terracina junto con otros dos Mártires; dos esclavos del Cónsul, Nereo y Aquileyo, que se habian convertido tambien á la fe, sufrieron diferentes tormentos, siendo por último decapitados. El número de personas que perdieron su vida y sus bienes durante la persecucion de Domiciano fué infinito; pero lo que la hizo célebre fué el martirio de san Juan Evangelista, que hemos referido anteriormente.

Tantas crueldades contra la divina Esposa de Jesucristo no debian quedar impunes, y era preciso que Domiciano, lo mismo que todos los perseguidores, contribuyese á la gloria del Cordero dominador; la mano del Omnipotente cayó sobre él; y aquel monstruo, devorado por los remordimientos, fué presa de una continua zozobra; el temor de la muerte no le abandonaba nunca, y de nada le sirvieron las precauciones que tomó para alejarla, pues fué asesinado por un liberto de su mujer en el año 96 de Jesucristo. Despues de su muerte, el Senado le privó de todos los honores, hasta del de sepultura.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber sostenido el valor de nuestros padres en medio de las persecuciones; hacednos la gracia de que les imitemos, y de que comprendamos que así los buenos como los malos sirven igualmente, aunque de distinto modo, á la gloria de la Religion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero rogar por los enemigos de la Iglesia.

LECCION XI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS I Y II).

Epístola de san Clemente á la iglesia de Corinto.—Tercera persecucion, en tiempo de Trajano; retrato de este Príncipe.—Martirio de san Ignacio, obispo de Antioquia; su llegada á Roma: es lanzado á los leones; traslacion de sus reliquias á Antioquia.—Juicio de Dios sobre Trajano.—Cuarta persecucion, en tiempo de Adriano; retrato de este Príncipe.—Martirio de santa Sinforosa y de sus siete hijos.

La Iglesia puede decir de sí misma con toda verdad: Mis enemigos han renovado sus ataques contra mí desde su juventud; pues mientras Neron y Domiciano derramaban su sangre, intentó el demonio inspirar entre sus miembros el espíritu de division. En los últimos años del siglo I suscitáronse algunas diferencias entre los fieles de Corinto, y de aquí provino la formacion de varios partidos, y el inminente peligro de un cisma; el jefe de aquella iglesia, que no se creyó con fuerzas para arrojar al lobo del redil, volvió sus miradas hácia la ciudad de Roma, y dirigióse al Pastor de los pastores, apresurándose el papa san Clemente á socorrer á aquella afligida porcion de su inmenso rebaño. Elevado en el año 91 á la cátedra, ensangrentada ya, del apóstol san Pedro, el nuevo Pontífice murió en el año 100 de Jesucristo, durante la persecucion de Trajano, despues de escribir á los corintios una epístola verdaderamente digna del Padre comun de los fieles, pues es tanto lo que respira el espíritu de nuestro Señor, que en los primeros siglos era leida en las iglesias como las Epístolas de los Apóstoles y demás partes de la sagrada Escritura.

Empieza el Santo haciendo una descripcion de las costumbres de los primeros cristianos, y en particular de los fieles de Corinto antes de la triste division que desolaba á aquella Iglesia. «¿Qué extranjero, dice, de los muchos que llegaban en tropel entre vosotros, ¿no se sentia conmovido por vuestra viva fe, adornada de todas las virtudes? ¿Quién no admiraba vuestra piedad para con Jesucristo, ¿tan llena de sabiduría y de dulzura? ¿Quién no alababa el indeci-

«ble desprendimiento con que ejercia la hospitalidad? Obrábais en
«todo sin distincion de personas, y adelantábais á grandes pasos por
«el camino de la ley de Dios bajo el pacífico gobierno de vuestros
«pastores; tributábais el debido honor á vuestros ancianos; dábais
«á los jóvenes el ejemplo de la humildad y de la modestia, y amo-
«nestábais á las mujeres que viviesen unidas con sus esposos, como
«es de su deber, que bendijesen su dependencia en la humildad y
«sencillez de su corazon, que se aplicasen al gobierno de su casa en
«el retiro y el recato, y que ennobleciesen todas sus obras por la
«pureza y santidad de sus intenciones.

«Érais todos humildes y sin presuncion; mas inclinados á obedecer
«que á mandar, á dar que á recibir, estábais contentos con vuestros
«medios de subsistencia en este mundo, que considerábais como
«un lugar de tránsito, y os encaminábais sin rodeos á vuestra pa-
«tria, con los ojos fijos en la ley del Señor, y los oídos del corazon
«atentos continuamente á su palabra. Entonces gozábais de las
«bendiciones de la dulzura y de la paz... Hablábais sincera é
«inocentemente, sin malignidad ni resentimiento; si alguno peca-
«ba contra vosotros, no llorábais vuestro daño sino su culpa, cre-
«yendo que las faltas del prójimo eran las vuestras. El germen de
«la division, hasta la sombra de la disension os causaba indecible
«horror.»

El santo Pontífice ve la causa del cambio verificado repentina-
mente entre ellos en el crimen de la envidia, cuyos desórdenes ma-
nifiesta con ejemplos tomados de la Historia sagrada, recorriendo
desde Abel y los Patriarcas hasta á los Apóstoles y los tiempos mas
modernos.

El remedio de este mal está en la imitacion de los ejemplos del
divino Maestro; nuestros padres no conocian otro. Despues del au-
gusto Modelo, san Clemente propone otro en las criaturas inanima-
das que viven en constante paz bajo las prescripciones de la Provi-
dencia, y presenta al universo material como á un gran predicador
de la concordia.

Hé aquí sus elocuentes palabras: «Los cielos sometidos á las le-
«yes de la Providencia divina verifican en paz sus impetuosas revo-
«luciones; el dia y la noche terminan la carrera que les fué prescri-
«ta, y jamás es el uno obstáculo para la otra; el sol, la luna, los
«astros recorren bajo sus órdenes y en un perfecto acuerdo los es-
«pacios que les han sido señalados, sin separarse de ellos ni un mo-

«mento. La tierra, siempre fecunda, da en abundancia y en las di-
«ferentes estaciones cuanto es necesario para el alimento de los hom-
«bres, de los animales y de cuanto respira, sin alterar jamás en nada
«las leyes que Dios le impuso. El mar, aunque rebelde contra sí mis-
«mo por la agitacion de sus olas, nunca traspasa los límites que le
«fueron prescritos. La primavera, el estío, el otoño y el invierno se
«suceden tranquilamente uno á otro; los vientos dejan escapar en
«épocas señaladas su violento hálito, y finalmente los mas peque-
«ños animales viven juntos en una perfecta union.»

El santo Pontífice deducia que, á imitacion de la naturaleza en-
tera, la única ambicion del cristiano debe ser agradar á Dios y vivir
en paz con sus hermanos. Apenas su epístola, tan llena del espíritu
apostólico y tan digna del Padre comun, hubo llegado á Corinto y
sido leida á los fieles, cuando corrieron de todos los ojos abundan-
tes lágrimas de arrepentimiento; abrazáronse unos á otros, la ca-
ridad recobró su imperio, y todo volvió al antiguo orden. Tales eran
nuestros padres; si cometian faltas porque eran hombres, sabian re-
conocerlas y humillarse porque eran cristianos.

La paz interior se hacia mas necesaria á la Iglesia por la proximi-
dad del combate que por tercera vez iba á exponer á las ovejas del
Salvador á los encarnizados lobos del Gentilismo. Trajano fué el au-
tor de la tercera persecucion, y sus costumbres le hacian digno de
inscribir su nombre á continuacion de los de Neron y de Domiciano;
este Emperador subió al trono del mundo en el año 98 de Jesucristo,
y con sus señaladas victorias ensanchó considerablemente las fron-
teras del imperio romano: buen guerrero, hábil político, era des-
preciable como hombre, pues entregado al vicio y á la disolucion,
perdia casi diariamente su razon en todas sus comidas. Dícese y con
fundamento que su gusto por los desórdenes y goces groseros, á que
se abandonaba sin freno, le hizo odiosos á los cristianos, por ver en
su vida pura y casta una notoria reprobacion de la suya. Dada la ór-
den de su muerte por toda la extension del imperio¹, empezó la car-
nicería en el año 106 ó 107; durante esta persecucion murió san Si-
meon, obispo de Jerusalem, el cual despues de confesar á Jesucristo
con admirable valor, fué condenado al suplicio de la cruz, termi-
nando su vida como su divino Maestro.

Sin embargo, la víctima mas ilustre del odio que profesaba Tra-

¹ Véase á Eusebio, lib. III, c. 23.

jano al nombre cristiano fué san Ignacio, obispo de Antioquia, y discípulo de san Juan. Recojámos un momento para escuchar la interesante historia de su martirio, y roguemos á Dios que encienda en nuestro corazon solo una chispa de la inimitable caridad que consumia á Ignacio. Una circunstancia, referida por los autores de sus actas, explica el tierno amor del venerable pontífice á Jesucristo, Señor nuestro; hallábase, dicen, en su mas tierna infancia, cuando el Cristo, que vivia aun entre los hombres, puso sobre él sus venerables manos, y dijo al pueblo, señalándole: *Quien no sea humilde como este niño, no entrará jamás en el reino de los cielos.* Ignacio gobernaba hacia cuarenta años la iglesia de Antioquia cuando fué llamado al martirio; corria el año 106 de Jesucristo, cuando Trajano, resuelto á combatir á los partos, marchó á Oriente, haciendo su entrada en Antioquia con gran magnificencia el dia 7 de enero del siguiente año; su primer cuidado, al llegar á aquella ciudad, fué exaltar la gloria de sus dioses, y exigió bajo pena de muerte que todos sus habitantes los adorasen.

Ignacio, que solo temia por su rebaño, se dejó conducir delante del Emperador, el cual al verle exclamó: «¿Con qué, eres tú, demonio malvado, el que te atreves á desobedecer mis órdenes, y á persuadir á los demás que mueran miserablemente?» Ignacio contestó: «Nadie sino vos, Príncipe, llamó jamás á Teóforo con el injurioso nombre que acabais de darle; y lejos de ser demonios los verdaderos servidores de Dios, sabed que los demonios tiemblan en su presencia.

TRAJANO. «¿Quién es ese Teóforo?

IGNACIO. «Yo, y todos los que, como yo, llevan á Jesucristo en su corazon¹.

TRAJANO. «¿Por ventura crees que no tenemos en nuestro corazon dioses que nos ayudan á vencer á nuestros enemigos?

IGNACIO. «¡Dioses! os engañais, no son mas que demonios; no hay mas que un solo Dios criador del cielo y de la tierra, y un Jesucristo su único Hijo: solo la gracia de este gran Rey puede hacereros dichosos.

TRAJANO. «¿De quién me hablas? ¿acaso de aquel Jesús á quien Pilatos mandó crucificar?

IGNACIO. «Decid mas bien que Jesús clavó en su cruz al pecado

¹ Theóphoro, palabra griega que significa *el que lleva á Dios consigo.*

«y á su autor, y que le hizo esclavos de cuantos le llevan en su corazon.

TRAJANO. «¿Así pues, tú llevas á Jesucristo contigo?

IGNACIO. «Sí, porque escrito está: *Yo moraré con ellos, y andaré entre ellos¹.*»

Irritado Trajano por la firmeza con que el santo Obispo confesara su fe, pronunció contra él la siguiente sentencia: «Mandamos que Ignacio, quien se vanagloria de llevar consigo al Crucificado, sea conducido encadenado y custodiado por una buena escolta á la grande Roma, para ser lanzado á las fieras y servir de diversion al pueblo.»

Al oír el Santo la sentencia de su muerte, exclamó en un transporte de alegría: «Gracias os doy, Señor, por haberme inspirado un perfecto amor hácia Vos, y por permitir que, como al inclito Pablo, vuestro apóstol, ciñan mi cuerpo gloriosas cadenas.» Dichas estas palabras, púsose él mismo los grillos; en seguida oró por su iglesia, y con lágrimas en los ojos se encomendó á Dios, entregándose luego á los inhumanos soldados, que debian conducirlo á Roma para servir de pasto á los leones y diversion al pueblo.

¡Qué espectáculo! un obispo, un venerable anciano, un Santo cargado de cadenas y empezando un viaje de seiscientas leguas, en cuyo término se distinguia un anfiteatro ensangrentado, leones y leopardos esperando su presa, y á un pueblo entero ansioso de aplaudir la muerte de la víctima! El Oriente y el Occidente tenian los ojos fijos en Ignacio; la sociedad antigua y la sociedad nueva se hallaban en expectacion; la una se estremecia de gozo, al paso que la otra oraba con llanto; la primera contaba con una gran victoria, y la segunda con un triunfo glorioso: veamos cuál de las dos vió frustrada su esperanza.

Ignacio salió de Antioquia con direccion á Seleucia, donde fué embarcado á bordo de un buque que debia recorrer la costa del Asia Menor, y conducirlo directamente á Roma; sin embargo, sin que la causa sea bien conocida, hiciéronle seguir otro camino que hacia el viaje mucho mas largo. Quizás quisieron que pasase el Santo por varias ciudades á fin de infundir terror á los cristianos y á cuantos pensasen abrazar su fe; pero de todos modos es lo cierto que la Providencia permitió tan larga navegacion con objeto de que la vista de

¹ II Cor. vi, 16.

Ignacio consolase y edificase á mayor número de iglesias. Bajo este aspecto, pues, el Gentilismo fué vencido.

Desde la Siria hasta Roma acompañaron al Santo el diácono Filon y Agathopodo, quienes, según se cree, fueron los autores de las actas de su martirio, habiendo sido muchos los cristianos de Antioquía que se le adelantaron para ir á esperarle en Roma. Así de día como de noche, así en tierra como en el mar, Ignacio era custodiado por diez soldados, á los cuales da él mismo el nombre de *leopardos* á causa de su crueldad, y porque su paciencia y su dulzura no lograba otra cosa que enfurecerles mas y mas.

Á pesar de que sus guardias jamás le perdian de vista, tenia el Santo bastante libertad para confirmar en la fe á las iglesias que hallaba en su camino; los fieles de las cercanías acudian en tropel para verle y prestarle cuantos servicios les era dable; y las iglesias del Asia, no contentas con enviarle honrosas diputaciones de obispos y presbíteros, comisionaron á muchos fieles para que le acompañasen durante el resto del viaje, lo que movió á decir al Santo que llevaba consigo muchas iglesias. El camino del martirio fué para Ignacio una marcha triunfal, y aquí tenemos otra derrota sufrida por el Gentilismo.

Después de una larga y peligrosa navegacion llegó el Santo á Esmirna, aprovechando el permiso que se le concedió de saltar á tierra para ir á saludar á san Policarpo, obispo de aquella ciudad, y discípulo, como él, de san Juan Evangelista. Ambos Santos se abrazaron impulsados por su caridad episcopal, é Ignacio, glorioso con sus cadenas, las mostró á san Policarpo, rogándole no opusiese ningun obstáculo á su muerte; igual súplica dirigió á las iglesias de Asia, que habian querido visitarle á su paso, y cuyos diputados, los obispos de Éfeso, de Magnesia y de Tralles, encontró en Esmirna.

Ignacio escribió desde Esmirna cuatro epístolas que respiran una caridad y un espíritu verdaderamente apostólicos; la primera está dirigida á la iglesia de Éfeso, la segunda á la iglesia de Magnesia, la tercera á la iglesia de Tralles, y la cuarta á la iglesia de Roma. El objeto de esta era el siguiente: Conociendo toda la eficacia de la oracion para con Dios, temia el Santo que fuese pedida al cielo su gracia, y con este motivo escribió á los romanos conjurándoles para que no lo hiciesen y no le arrebatasen la corona del martirio. Esta

epístola es quizás la única en su género; recojámonos para escuchar su lectura, y dejemos penetrar en nosotros la ardiente caridad que de toda ella se desprende.

«Ignacio, apellidado Teóforo, á la Iglesia favorita de Dios, á la santa Iglesia de Roma, tan digna de servir al Altísimo; á la Iglesia que tanto merece ser alabada, respetada y dichosa, en la que la prudencia impera, la caridad reina, y la castidad triunfa; á los ilustres fieles unidos entre sí según el espíritu y según la carne, llenos de la gracia, que el unirles unós á otros con sagrados lazos les separa de toda sociedad profana; salud en Jesucristo, Hijo del Padre, y plenitud del Padre en Jesucristo, nuestro Señor y nuestro Dios.

«Dios ha escuchado mis oraciones, y he obtenido por fin de su bondad el poder gozar de vuestra amable presencia, pues, á pesar de hallarme entre cadenas, espero verme dentro de poco en medio de vosotros. Sin embargo, vuestra caridad me infunde temor; nada os es mas fácil que impedir que yo muera; mas al oponeros á mi muerte, vos opondréis á mi felicidad... jamás se me presentará tan propicia ocasión para reunirme con Dios, y jamás tendréis ocasión tan hermosa para practicar una buena accion. Para ello, no teneis que hacer sino permanecer tranquilos; si no hablais de mí, iré á reunirme con Dios, al paso que, si os dejais conmovir por una falsa compasion hácia esta miserable carne, me condenais de nuevo á los trabajos y al yugo de la vida. Permitid que sea inmolado mientras el altar está aun en pié, y solo os pido que unais vuestras voces para entonar durante el sacrificio cánticos en honor del Padre y de su Hijo Jesucristo. Dad gracias á Dios porque ha permitido que un obispo de Siria fuese trasladado desde Oriente á Occidente para perder la vida, ¿qué digo? para renacer en el seno de su Dios.

«Vosotros que jamás tuvisteis envidia de nadie, ¿podriais envidiar ahora mi felicidad? Vosotros que siempre disteis ejemplo de firmeza y de constancia, ¿modificaríais ahora vuestras máximas? No, antes obtened para mí, por vuestras oraciones, el valor que necesito para resistir á los ataques así interiores como exteriores. Poco es parecer cristiano, si se es tal en efecto; y lo que forma el cristiano, no son bellas palabras y engañosas apariencias, sino la solidez de la virtud y la grandeza de alma en los momentos de prueba.